**Salir del closet y caminar a la mesa**

**Por. Esteban J. Beltrán Ulate**

**Costa Rica**

Hemos sido llamados a la mesa, por eso nadie puede quedarse atrás. Que todos salgan de sus tiendas y vayan a la mesa del Señor. Que salgan también del closet los que encontraron falso refugio ahí, pues la mesa del Señor es amplia y en ella hay lugar para todos. Entorno a la mesa se ofrecerá el pan de vida, que se acerquen pues los hambrientos y sedientos de amor eterno.

Al caminar rumbo a la mesa, no olvidemos llevar también nuestro aporte, no debemos acercarnos con las manos vacías, que nuestras manos lleven sujetas las manos de nuestro prójimo; cuando tomemos nuestro asiento y estemos a punto de mojar el pan en el cáliz, lo primero que nos preguntarán será por el Otro.

Salir del lugar donde nos ocultamos, implica atender al llamado de gracia, este nos colma de alegría, pero debemos de ser cautelosos con nuestros actos el salir de nuestras cavernas o closet, no debemos creer ilusamente que la vida se compone solamente de un salir sin horizonte, los que viven sin horizonte terminan condenados a girar en círculos en los desiertos (caminando sobre sus propias huellas) o propiciar marchas y caravanas efímeras elevando estandartes de orgullo que termina siendo un gesto ególatra de culto a la vanidad.

Salgamos sin temor de nuestro closet, con nuestra condición humana frágil, con nuestra historia, con nuestra carne viva. Marchemos, caminemos o corramos, si es necesario, pero que nuestra mirada no se desligue del horizonte que nos convoca, no nos perdamos en las arenas movedizas de la vanidad ni en las confrontaciones dualistas del que nos lanza piedras en el camino para que perdamos nuestra senda.

Una gran mesa nos espera, que el hambre y la sed que nos hace temblar no nos impida salir en busca de los otros que también se encaminan a un común horizonte, todos nos volvemos comunidad de otros, porque somos diferentes es que nos encontramos iguales, en nuestra condición humana. Siguiendo el camino a la gran mesa, donde vino y pan nos esperan, elevaremos cantos de fe, esperanza y caridad; que los ecos de nuestras voces resuenen en cada rincón de la tierra, que retumben en cada cueva, closet o madriguera, y se convierta así en un gesto de confianza para los que viven atados a sus miedos, ocultos del otro, o simplemente caminando en círculos en medio de desiertos.

Cuanto estemos sentados a la mesa, será el día del Señor, la pregunta por el otro será la respuesta que llevamos en nuestras manos (las manos del otro), tomaremos en nuestras manos el pan y lo sumergiremos en el cáliz, nuestros labios palparán la verdad, nuestro paladar abrazará el amor, y mirándonos los unos a los otros, nos contemplaremos como común unión de otros, comunidad santa, juntos en la mesa del Padre.